

ADIOS AL SEMINARIO DE *Telleri-Alde*



María Jesús Magaña Ondartza

Desde que tengo uso de razón, he sentido que el Colegio de Telleri-Alde o la Casa grande como la llamábamos familiarmente en casa, era eso, nuestra segunda casa. Pero sigamos los acontecimientos. Corría el año 1903 cuando el masón Emilio Combes puso en práctica una ley de disolución de Ordenes Religiosas en Francia, prohibiendo a sus miembros vivir en comunidad o extender la religión. En consecuencia los religiosos Hermanos del Sagrado Corazón tenían dos opciones, secularizarse o marchar al extranjero y mantener su condición religiosa. Desde la casa de Chirac comenzó el exilio voluntario de estos Hermanos. Así, el 2 de junio de 1903 cruzan los Pirineos por la vertiente sur y llegan a Jaca, que fue la primera ciudad española que los acoge. Luego, en el mes de septiembre, otro grupo de Hermanos procedentes de otros colegios expropiados saldrían de Francia con idéntico fin y así llegan a Rentería, que entonces contaba con unos tres mil habitantes, y se instalan en una casa de la calle Viteri nº 7, impartiendo clases de francés, inglés y enseñanza primaria, no sin esfuerzo por su parte pues, recién llegados, no se defendían con la lengua. Pero como la fe mueve montañas siguieron afianzándose y lograron formar una comunidad que, al principio, fue escuela y luego Casa de Formación. La estancia de los Superiores Mayores en la calle Viteri tenía carácter provisional, ya que esperaban volver a Francia. Pero en vista que allí seguían con dificultades para la vida comunitaria se decidió construir otra nueva vivienda más amplia en los terrenos denominados Telleri-Alde, que sería sede de la Curia General durante veinticuatro años. La casa de la calle Viteri fue vendida el año 1912, por tanto vivieron allí casi diez años.

Don Cosme Etxeberria, que fue alcalde de la Villa, era el dueño del terreno antes citado y se comprometió a construir el edificio con su propio peculio sobre los planos de éstos. Se estipuló pagar un alquiler fijo anual amortizable durante veinte años, sin embargo la deuda se canceló en treinta mil pesetas el año 1925. Las obras comenzaron en 1912 y fue habitado en 1913. Mientras se realizaban las obras los Superiores habitaban en "Villa Iris" de Ategorrieta y los postulantes fueron enviados a Ibarra (Tolosa) por un año.

La Curia General y los postulantes habitaron Telleri-Alde en el curso 1913-1914 y fueron llegando más aspirantes hasta ser un

total de ochenta. El reclutamiento seguía en auge y Telleri-Alde quedaba nuevamente pequeño. En el año 1924 se levantó la nueva vivienda para los postulantes adosada a la Casa General y fue habitada en 1925. La capilla se inauguró el veintisiete de septiembre y el Noviciado Mayor se instaló en la zona de la Curia General. Allí permaneció hasta la guerra civil española en que quedó suprimido para reiniciarse en Roma el año 1951.

Pero el colegio siguió su curso y así, en el año 1918, surgió la propuesta que el señor Tomás Gastaminza, gerente de la Fábrica de Lino (Fábrica Grande), se hallaba dispuesto a ceder en alquiler uno de los locales anejos a su industria. Tramitaron el asunto y firmaron la escritura el veinte de noviembre de 1918. Siguieron en la Alameda hasta el año 1965 en que volvieron a Telleri-Alde después de dos años de obras, así en 1967 quedó construido el actual edificio.

Pero volvamos al seminario. Por el año 1928, mi amona Leonor Alzola entró al servicio de los frailes como cocinera (de ahí mi apego a la casa). Cuando estalló la contienda, mi familia, padres, tíos, etc... se refugiaban en el convento. Luego nos contarían, entre otras anécdotas, que la casa tuvo que soportar los estampidos de los obuses del acorazado "España" que, desde la bahía de Pasajes, disparaba contra las baterías del fuerte de San Marcos. Cuentan que un proyectil penetró por la ventana de la habitación de uno de los Asistentes Generales y ante la inseguridad personal se izaron en el tejado las banderas francesa y yanqui, por su origen francés y su expansión en Canadá, que protegían la inmunidad de la vivienda y de sus moradores.

Pasada la guerra todo volvió a la normalidad y mi amona siguió trabajando hasta casi los sesenta en que se jubiló. La recuerdo en la cocina con pucheros y cazuelas enormes. ¡Cómo lo haría!, me preguntaba yo entonces. Pelando patatas, toneladas de patatas, justo acababan de comer ya tenía que pensar en la cena, ¡qué paciencia tenía!. Recuerdo el comedor con mesas en hileras y enfrente la mesa de los Hermanos con una campanilla para poner orden. Al lado de la cocina los fregaderos en que los chavales se encargaban de fregar los cacharros por turnos, ¡menos mal! Los largos pasillos, los dormitorios con camas metálicas y con unos colchones de lana y borra, que mi amona apaleaba con frecuencia porque algún chaval, ¡más de uno!, sufría de enu-

resis y mojaba la cama. Luego los cambiaron por piezas de espuma o foam, porque esto de hacer colchones no era rentable.

Siempre que cruzaba los pasillos olía a comida, incluso ahora sigo oliendo igual. También criaban gallinas, conejos y cerdos. Estos los mataba el carnicero Severiano Bidegain, ayudado por algún fraile y por mi amona, que se encargaba de hacer los chorizos y morcillas. ¡Y qué morcillas! Tenían una matanza para una temporada. Recuerdo que más de una vez hemos comprado especias, orégano, pimentón, pimienta, etc... donde la Mari, "la aceitunera", al lado del bar Zugarramurdi en la calle Viteri, que era la que proveía a los frailes. De los vinos se encargaba Femoselle, ambos desaparecidos, dueños y comercios. También había una hermosa huerta, hoy asfalto, y árboles frutales, y hasta colmenas tenían.

Tuve la suerte de conocer entonces a muchos frailes del seminario. Por ejemplo, al Hermano Andrés, que era el administrador y nos imponía respeto con aquella barriga prominente y su raída sotana, una brillante calva y una cicatriz en el labio superior. Le estoy viendo, era el que daba las órdenes. Al Hermano Marino, que creo que aún vive y está en Colombia y era hijo de Estanislao Moraza, que murió en Telleri-Alde. Le llamábamos el "abuelico" y ayudaba en la cocina lo que podía. Al Hermano Allyrius, al Hermano Benigno y alguno más. Pero del que guardo mejor recuerdo es del Hermano Teodoro Portalier, que fue Provincial y Maestro de Novicios, y para mí como el abuelo que no conocí. Se portó con nosotros como si fuésemos su familia, aún conservo el rosario que me regaló en mi primera comunión, así como recordatorios, fotos y cartas personales. La última me la escribió desde Vitoria, en su retiro, antes de morir el 3 de diciembre de 1963, con 95 años. Aunque era francés pasó aquí toda su vida, alto y recio, con su hábito y botas características claveteadas, fabricadas en La Lozère (Cantal). Su acento delataba su origen, tenía un gran carisma y fue uno de los grandes bastiones de la Orden.

Ahora, con el cierre del seminario desde el curso 1992-1993 (por falta de vocaciones), el edificio se ha quedado obsoleto y,

sobre todo, vacío. Ya no se escuchan voces, ni risas juveniles por los pasillos, comedores, patios, todo es silencio. En el plazo de diez años lo van a demoler y construir otro más moderno adecuado a los nuevos proyectos, pero ya no será igual. Esta capilla que, a través de los años, ha sido testigo de las inquietudes espirituales de los Hermanos escolásticos, novicios, Superiores Generales, guarda la historia de las primeras andaduras corazonistas. Lucen en sus vidrieras las efigies, desde el Padre Fundador Andrés Coindre hasta nuestros días y, ahora, al celebrar los actos del noventa aniversario, asistieron el Hermano Provincial y demás Hermanos en representación de sus respectivos colegios, así como también el alcalde y varios ediles representando al Ayuntamiento.

Durante la misa, cuando Josetxo Ule hizo la ofrenda de una teja como símbolo de la casa, se me inundaron los ojos de lágrimas y como un torrente fueron fluyendo a mi memoria los recuerdos de tantos actos allí celebrados. Me queda el tesoro de esas vivencias, del pasado y del presente, como la comunión de mis hijos, y la boda de mi hija. Y es que el tiempo pasa tan rápido. Luego, en la cena, debajo del "secadero", que entonces sí era una despensa de alimentos (patatas, alubias, cebollas, pimientos, etc...), se llevó a cabo la entrega de placas, discursos y abrazos, y luego músicaailable. ¡Qué diría el Hermano Andrés si lo viera! Fue un encuentro muy emotivo, con muchos frailes conocidos, hoy venerables Hermanos que pasaron por este seminario en aquellos años y guardan buenos recuerdos de la Señora Leonor que fue para ellos su segunda madre, desviviéndose por sus "frailes y seminaristas". Y esa noche para mí flotaba en el ambiente el "aura" de la cocinera. Pero no me voy a poner triste, todavía hay jóvenes que sienten la llamada corazonista. Ahí están los seminarios de Puente la Reina, Alsasua y Noviciado de Griñón (Madrid), donde estudia mi hijo con otro renteriano y se forman para ser Hermanos del Sagrado Corazón. ¡Cómo iba yo a pensar aquellos años que mi hijo pertenecería a la Casa! Así que seguiré queriendo a la Institución y a "mis frailes".

¡Viva Telleri-Alde!

